



## Santa María Madre de Dios 2011

En la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, el Evangelio nos conduce una vez más al pesebre de Belén donde fue depositado Jesús al nacer: los pastores, después de haber contemplado la escena tiernísima de aquel niño envuelto en pañales, se convierten inmediatamente en testigos “glorificando y alabando a Dios porque todo lo que habían visto y oído correspondía a cuanto les habían dicho”. “Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. Pero hoy os invito a fijar la atención en particular en el último versículo del pasaje evangélico: “Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción”. Meditando sobre estas palabras podemos profundizar en nuestra contemplación del misterio de Navidad, más en concreto, en el significado de la maternidad divina de María.

Jesús nació en Belén (cf. Lc 2, 4.15) y fue anunciado a los pastores como el Mesías Salvador y Señor. Esta identidad del “niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” es legalmente proclamada de forma oficial ocho días más tarde cuando el niño es circuncidado, como estaba prescrito en la Ley, y recibe el nombre de Jesús.

Al ser circuncidado, Jesús entra en el pueblo de la “alianza santa” sellada por Dios con Abrahán (cf. Gn 17, 10-11). La señal grabada por la circuncisión en la carne de Jesús, que permanecerá siempre, indica que es hijo de Abrahán, en alianza definitiva y perenne con su Dios. La circuncisión de Jesús, como la anterior de Juan Bautista, es en el Evangelio de Lucas una señal de que la promesa hecha antiguamente a los padres se ha cumplido ahora por Dios, acordándose de su santa alianza (cf. Lc 1, 72-73). Pero esta señal será superada por la Nueva Alianza, para la cual es necesaria una circuncisión no hecha por mano de hombre (cf. Col 2, 11), sino la circuncisión del corazón, que ya habían reclamado los profetas (cf. Jr 4, 4).

La circuncisión era el momento en que se daba nombre al niño; y así sucede con Jesús: José y María lo llaman Jeshu`a. En realidad este nombre es dado por el mismo Dios, según lo anunció el ángel a María (cf. Lc 1, 31). Jesús es un niño que nace por voluntad y acción de Dios y, por lo tanto, a Dios pertenece darle el nombre que muestre su identidad y misión. Jeshu`a significa “el Señor salva”, y por tanto Salvador. De acuerdo con este nombre, Jesús vivirá toda su vida “haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio, porque Dios estaba con él” (cf. Hch 10, 38); este es el Nombre santo en el cual los hombres serán salvados (cf. Hch 2, 21; 4, 12) y tendrá también siempre el significado de invocación de salvación: “¡Señor, salva!”. Este nombre, que expresa la vocación personal y única confiada por Dios a Jesús, autoriza a la comunidad que cree en Él a llamarlo “Hijo de Dios y Señor” (cf. Lc 1, 32-33). “Jesús” es el Nombre mediante el cual se obrarán milagros y gracias al cual el reino de Dios se extenderá y Satanás retrocederá. Toda la historia cristiana narra la fuerza, la santidad y la gracia de



este Nombre, cuando es invocado con todo el corazón en la alegría y en el llanto, al comienzo de la vida y en el umbral de la muerte.

Jesús es presentado en la lectura de la carta a los gálatas como “nacido de una mujer” (Gal 4, 4); y esa mujer es María, la virgen de Nazaret, cuya humildad ha sido mirada por Dios con un amor de especial predilección, según proclama ella misma en el Magnificat (cf. Lc 1, 48). María concibió por obra del Espíritu Santo (cf Lc 1, 35), y por voluntad de Dios dio a luz a aquel que sólo Dios mismo podía entregar a la humanidad. El Altísimo se ha hecho Bajísimo, el infinito se ha hecho finito, el eterno se ha hecho temporal, el fuerte se ha hecho débil. Y todo esto, en el seno de María. Así es, el Espíritu Santo ha cubierto con su sombra, con su poder, el seno de María y la ha hecho madre del mismo Señor: Jesús será llamado el hijo de María y el Hijo de Dios. Así, el fruto bendito del vientre de esta mujer es la bendición prometida por Dios a Abrahán y ahora hecha carne en Jesús, para que todas las gentes sean bendecidas en su Nombre. Verdaderamente en María “la tierra ha dado su fruto y nos ha bendecido el Señor nuestro Dios”, como proclama el Salmo 67 (v. 7). A través de María se realiza aquella bendición tantas veces invocada por Israel, que hemos escuchado en la primera lectura: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz” ( Num 6, 24-26). Esta bendición está ya cumplida en Jesús, perteneciente a Israel, hijo de María, Hijo de Dios: *“Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad”*.

La segunda lectura concede una gran importancia al Espíritu Santo. En ella se habla de María como de la mujer por la que nació el Hijo, quien con su pasión consiguió para nosotros la filiación divina. Y como somos hijos, “Dios envió a nuestros corazones al Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba! Padre”. No seríamos hijos del Padre, si no tuviéramos el Espíritu y los sentimientos del Hijo; y este Espíritu nos hace gritar al Padre con agradecimiento e incluso con entusiasmo: “Sí, Tú eres realmente nuestro Padre”.

Al escuchar esta Palabra de Dios en el comienzo de un Nuevo Año invocamos la protección de María y le pedimos que nos ayude a creer que su hijo Jesús es la bendición de Dios sobre la humanidad y a reconocer que el Espíritu de Jesús desciende sobre nosotros cada día y está con nosotros hasta el final de la historia (cf. Mt 28, 20). De este modo, nuestra vida podrá transcurrir en paz, alegría y acción de gracias a Dios, dándole gracias con la palabra y con una vida santa. Nuestra vida es acción de gracias a Dios cuando hacemos de cada uno de los días de nuestra vida una bendición para todos los hombres nuestros hermanos.

De forma especial hoy, en la **Jornada Mundial de la Paz**, nos sentimos llamados a ser bendición de Dios siendo constructores de paz en un tiempo marcado, como ha escrito el Papa en su Mensaje para esta Jornada, “por persecuciones, discriminaciones, por terribles actos de violencia y de intolerancia religiosa” (1). “En algunas regiones del mundo la profesión y expresión de la propia religión comporta un riesgo para la vida y



Carlos López Hernández

la libertad personal. En otras regiones, se dan formas más silenciosas y sofisticadas de prejuicio y de oposición a los creyentes y los símbolos religiosos. Los cristianos son actualmente el grupo religioso que sufre el mayor número de persecuciones a causa de su fe. Muchos sufren cada día ofensas y viven frecuentemente con miedo por su búsqueda de la verdad, su fe en Jesucristo y por su sincero llamamiento a que se reconozca la libertad religiosa. Todo esto no se puede aceptar, porque constituye una ofensa a Dios y a la dignidad humana; además, es una amenaza a la seguridad y la paz, e impide la realización de un auténtico desarrollo humano integral” (1). Por ello, el Mensaje papal para la Jornada de la Paz lleva en esta ocasión el título: **“La libertad religiosa, camino para la paz.”**

“En la libertad religiosa - escribe el Papa – se expresa la especificidad de la persona humana, por la que puede ordenar la propia vida personal social a Dios, a cuya luz se comprende plenamente la identidad, el sentido y el fin de la persona. Negar o limitar de manera arbitraria esa libertad significa cultivar una visión reductiva de la persona humana, oscurecer el papel público de la religión; significa generar una sociedad injusta, que no se ajusta a la verdadera naturaleza de la persona humana; significa hacer imposible la afirmación de una paz auténtica y estable para toda la familia humana. Por tanto, exhorto a los hombres y mujeres de buena voluntad a renovar su compromiso por la construcción de un mundo en el que todos puedan profesar libremente su religión o su fe, y vivir su amor a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente (cf Mt 22, 37).” (1)

Para que se haga realidad este Mensaje del Papa, os animo a implorar la protección de María sobre nuestro mundo tan necesitado de verdad, de alegría, de confianza y de paz. Y especialmente os ruego vuestra oración por todos los países donde no reinan la libertad religiosa y la paz, para que sean restablecidas en ellos y faciliten a todos la unión con Dios y con los hermanos en el amor.

Salamanca, 1 de enero de 2011